

# **A 40 años de la Guerra de Malvinas: “La historia de los pueblos también se construye con derrotas”**

*Por el Cnel. Daniel E. Stella*

Con el objetivo de recuperar las Islas Malvinas, en la fría mañana del 28 de marzo de 1982 el Ejército Argentino ponía en marcha la *Operación Virgen del Rosario*; una operación anfibia incruenta, cuya planificación consistía en tomar las islas y desalojar a las fuerzas militares británicas que las guarnecían sin producir bajas. Participaron de la misma 911 efectivos embarcados en la “Fuerza de Tareas 40”.

La fuerza conjunta desembarcó en distintos puntos de la capital de Malvinas en la madrugada del 2 de abril. **Tenían la orden expresa de desalojar a las fuerzas militares británicas y a las autoridades sin producir ningún tipo de baja; ni en las fuerzas, ni en la población del lugar.** La operación se cumplió al pie de la letra y finalizó con la rendición de las fuerzas británicas tras la lamentable pérdida de la vida del capitán de corbeta, Pedro Edgardo Giachino.

En una operación absolutamente secreta e incruenta, habíamos recuperado las Islas Malvinas.

Hasta entonces, yo aún me encontraba en Buenos Aires, y esa mañana la recuerdo como si hubiera sido ayer. Me desperté, encendí la radio y me invadió una gran sensación de felicidad: una multitud había comenzado a congregarse frente a la Casa Rosada en razón de la noticia de Malvinas. Decenas de miles de ciudadanos se manifestaron en la Plaza de Mayo en apoyo a la recuperación de las islas. En todo el país, la gente salió a las calles a celebrar. Malvinas era una causa convocante.

\*\*\*

Como mencioné anteriormente, el plan original de la *Operación Virgen del Rosario* consistía en ocupar las islas de forma incruenta, sin desencadenar una escalada bélica. Con ello, buscábamos llamar la atención a la comunidad internacional sobre una situación colonial que llevaba casi 150 años sin miras de solución. ¿Qué queríamos lograr? La intervención de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) o una mediación internacional. **Buscábamos situar a la Argentina en una mejor posición para encarar una negociación diplomática que, finalmente, condujera a algún tipo de soberanía — incluso aunque fuera compartida—.**

Sin embargo, a partir de allí, se fueron sumando graves errores de apreciación. La lista incluyó presupuestos falsos, un encomiable triunfalismo voluntarista y una serie ininterrumpida de absurdas improvisaciones que terminaron como debían terminar: con la

derrota. Los resultados están a la vista. Dicha falta de planes se tradujo en desconocimiento del terreno, falta de aclimatación a las condiciones meteorológicas, deficiencias de equipamiento, escasa preparación del personal, obsolescencia de algunos materiales, fallas logísticas, escasez de abastecimientos y carencia absoluta de movilidad táctica y estratégica.

Ahora bien, y como corolario de todo esto que escribo 40 años después, **no quiero dejar de brindar mi reconocimiento a nuestros combatientes**, cuyo valor fue reconocido por el propio enemigo, que dieron innumerables muestras de bravura y coraje, que afrontaron estoicamente las vicisitudes de una guerra desigual con auténtica hombría, **que sufrieron y que aún sufren, dignamente, las secuelas del combate: luciendo orgullosamente sus heridas en el cuerpo, en el alma y en la mente; reviviendo cada día sus dolorosos recuerdos; masticando sus broncas e impotencias y padeciendo la indiferencia de un pueblo que los ignora y hasta los desprecia.**

**Mostrar a esos soldados como “chicos” es faltarles el respeto.** Esa visión solo forma parte del intento oficial de ridiculizar y desprestigiar todo lo que sea militarismo, agrediendo arteramente a las Fuerzas Armadas —ya de por sí degradadas— y buscando presentar, con burdos golpes de efecto, las miserias inherentes a toda guerra, en vez de rescatar los heroísmos tan presentes en Malvinas. Debo decir que **me indigna, sobremanera, la versión oficial de la guerra**, en la que por meros intereses ideológicos se distorsionan adrede los hechos, en la permanente búsqueda de desprestigiar el accionar de las Fuerzas Armadas. Y para alcanzar ese fin sectario y mezquino, **se degrada vilmente a los veteranos de guerra, en lugar de resaltar los aspectos verdaderamente heroicos de una gesta que debiera ser motivo de orgullo para todos.**

A su regreso al continente, nuestros veteranos no fueron recibidos por las autoridades ni vitoreados por el pueblo argentino. Esos oficiales, suboficiales y soldados que lucharon con valor y dignidad, en un terreno desconocido, con un clima adverso, sin un planeamiento acorde, sin superioridad aérea, ni de fuego, sin movilidad, con equipo insuficiente, contra un enemigo altamente profesional y mejor equipado se sintieron, a su regreso, víctimas de una traición por parte de quienes, desde Buenos Aires, habían conducido la guerra.

Y esto produjo, de alguna manera, un quiebre institucional en el Ejército. El tan mentado orgullo profesional se había derrumbado. La cúpula militar llevó, entonces, una política de “desmalvinización”. Los veteranos fueron escondidos y los jefes relevados de sus cargos. Eso hizo que los mandos medios y subalternos comenzaran a sentir en carne propia que los acusaban de haber perdido la guerra. Y a ellos se sumaban una parte importante de la población, que comenzó a darles la espalda asociándolos, erróneamente, con el gobierno militar.

Precisamente, es por toda la sumatoria de errores que aquí expongo, es que debemos resaltar el valor, la iniciativa, el temple y el coraje de los soldados argentinos, sin distinciones de jerarquías. Ellos son acreedores de nuestro respeto y reconocimiento.

Particularmente, del de aquellos militares y civiles que, con sus conductas intrigantes y mendaces, siguen contribuyendo a diluir la gloria de cada uno de esos héroes.

\*\*\*

Por lo demás, al final de la guerra todo siguió igual en la Argentina. **La sociedad en general estaba más preocupada por los resultados de la selección de fútbol en el campeonato mundial que se disputaba en España, que por las terribles pérdidas humanas y materiales sufridas en el conflicto bélico.**

La suerte de los ejércitos puede ser venturosa o aciaga. **Pero lo que nunca se les podrá quitar a nuestros ejército vencidos, es la gloria, el honor y el orgullo de haber combatido en defensa de la Patria.** Los soldados argentinos que combatieron en nuestro suelo Malvinero, cargan sobre sus espaldas con la misma gloria y honor que nuestros sagrados vencidos del ayer. La Gloria de Malvinas, y la de sus protagonistas, es equiparable con la de los gloriosos derrotados en "Cancha Rayada", "Vilcapugio", "Ayohuma", "El Tejar", "Chancay", "Torata", "Moquegua" o "Curupayti".

La sangre vertida por la Patria es la misma, sin dudas... porque simplemente **la historia de los pueblos, no se construye solamente con victorias, también se construye con derrotas.** Como la vida misma. Honremos con orgullo a todos aquellos hombres que combatieron al invasor en 1982. Honremos la memoria de los que quedaron para siempre velando por nuestra Soberanía en las Islas Malvinas y los Mares del Sur. Y Honremos a los héroes anónimos que caminan entre nosotros diariamente. Porque, como bien lo dijo el Gran Capitán, "VALE MÁS UNA DERROTA PELEADA QUE UNA VICTORIA CASUAL".

Para terminar, quiero homenajear a los veteranos de esa guerra y recordar, muy especialmente, a los combatientes argentinos que yacen en el cementerio de Darwin; muertos a los que se debe respetar, porque con sus huesos allá enterrados jalonan ese pedazo de suelo patrio, sin reclamar a cambio nada más, pero tampoco nada menos, que el homenaje, el respeto y el reconocimiento de sus compatriotas.

¡Gloria y Honor a nuestros Veteranos de Malvinas!